

# El cuaderno gris de Josep Pla

Antonio Deltoro

Pla, estudiante de la carrera de derecho en Barcelona, está en la casa de sus padres en Palafruguell, un pueblo catalán no lejos de la frontera francesa, como suspendido por la gripe española que obligó en 1918 a cerrar la universidad. El día de su cumpleaños número 21 comienza *El cuaderno gris*. No sabe cuánto durará su estancia en el pueblo pero no añora ni la capital de Cataluña ni, mucho menos, la universidad. Sus amistades, la tertulia diaria con gente quince o veinte años mayor que él, los paseos por las cercanías, le son suficientes. A su alrededor muere la gente, hasta tal punto que hay días que la familia Pla se tiene que dividir para asistir a dos entierros: uno en Palafruguell y otro en algún pueblo vecino; sin embargo, por pudor, por repugnancia a todo exceso sentimental y por afición a la vida, salvo dos o tres veces, en que se seca y brutalmente nos habla de la enfermedad, apenas si la menciona.

*El cuaderno gris* es un diario en el que los hechos y las cosas exteriores suelen tener más relieve que lo íntimo; lo íntimo para Pla es lo sentimental, lo confuso, lo inexpresable. Confiesa que cuando escribe no es el yo íntimo el que lo hace, sino un yo más audaz y dionisiaco, un yo extraño en el que domina un estado de exaltación prodigiosa. Pla, más que un escritor esencial, es un escritor sustancial; es decir, es más un escritor con jugo, que uno en huesos. Nunca pierde el sustrato material de la vida, el paisaje que más le gusta es el que surge del trabajo del hombre. No nos habla de nada que no conozca; pertenece a las primeras generaciones que han abandonado el cultivo directo de la tierra, lleva todavía en la memoria los nombres locales de los vientos, conecta el sabor de una fruta con las lluvias, la textura de una pared con el trabajo del albañil; de esta generación frontera nace un tipo de escritor, Arreola entre nosotros, capaz de hablarlos durante horas de un suceso local o de un oficio.

Pla no idealiza, le gusta la naturaleza sosegada, porque sabe que las tormentas y el granizo arruinan las cosechas; nos puede hablar de "un vendaval inútil y frenético" o ante un hecho histórico, como el fin de la guerra del 14 al 18, concentrarse en sus repercusiones locales: todo lo ve en el suelo, en la agricultura, en el comercio, en los cambios menudos, en las costumbres de las gentes; pero no obstante el hincapié que hace en los objetos y en la comida, en la luz y en los olores, no hace nunca el bodegón tradicional, la naturaleza muerta académica, porque, como Velázquez, logra que las cosas en su pura realidad sean suficientes y reveladoras.

Su paisaje básico, el bajo Ampurdán, está cargado para él de memoria y de conocimientos y de la belleza de lo familiar desconocido, porque a la belleza del campo cultivado la puede arruinar la belleza del granizo; "el pedrisco justo para acabar con la cosecha de viñas". En Pla hay toda una gama de lluvias, tantas como vientos y siempre admirablemente descritas;

incluso un personaje, el músico Garreta, relojero y autor de sardanas, es sobre todo, según Pla "un aficionado a la lluvia". Otro personaje se dedica a observar con un catalejo los barcos que pasan por la costa con una dedicación al detalle digna del señor Palomar de Calvino.

Cientos de personajes pasan por el *El cuaderno gris*, casi tantos como por *La guerra y la paz*; pero Pla, no hace novelas, al menos a los 21 años no las hacía, lo que le interesa es la descripción no el destino; las novelas le parecen artificiales en cuanto tienen principio y fin, una dirección que no se da en la vida; pero le fascinan e interesan por su mundo rico y cargado de detalles. "La vida está constituida por un orden de panoramas sucesivos contemplados desde diferentes puntos de vista." ¿No es esto el espejo viajero de Stendhal, autor explícitamente admirado por Pla?

En *El cuaderno gris* todo está fechado y esto les confiere a las descripciones y a las opiniones, que Pla pone en boca de sus conocidos, a los vientos y paisajes, que atraviesan sus páginas, esa veracidad que tiene lo que no sabemos a dónde conducirá.

A Pla el afecto no le nubla los ojos ni el entendimiento y en su memoria se fijan anécdotas y hechos de verdad sabrosos sin que un exceso de atmósfera sentimental los vele. Tiene veintiún años, no quiere cambiar al mundo y sus opiniones conservadoras asoman, no sin ironía, en muchas de las páginas de este diario. El que acepte al mundo como es y lo describe, hace de él un escritor que no pierde tiempo en rechazar o en preguntar por qué las cosas son así, las toma como son y da cuenta de ellas minuciosamente. En unos cuantos kilómetros, los que van de Palafruguell a Calella y en menos de un año hay acontecimientos y recuerdos para llenar las trescientas primeras páginas del cuaderno. La escritura de Pla está más obsesionada en la coloración de las viñas o en la de un pescado a las brasas que en la de escarbar en lo íntimo. Pla es el vástago antiheroico de una familia gris, inculta pero civilizada, capaz de describirse de la siguiente manera: "El río pasa y todo me lleva a quedarme sentado en su ribera" o de esta otra: "Soy un hombre de este país, del matiz marítimo de esta comarca europea, amigo de las medias tintas, de la lluvia y de la neblina, más irónico que dialéctico, más contemplativo que obstinado".

En todo diario está presente cierto narcisismo, en este, al menos en apariencia, no lo hay. Pla no tiene un gran ego, no presume, no es amigo de espejos ni de adomos. Incluso su escritura no es una escritura autosatisfecha, pocas veces se refiere a sí misma y muchas al problema general de escribir en catalán. Pla está demasiado ligado a los atractivos del mundo visible para ocuparse extensivamente de sí mismo; si en él hay un narcisismo, su narcisismo se desplaza a su alrededor inmediato: cuando está en Palafruguell le fascina su pueblo,

si en Barcelona, esta ciudad no es una persona dada a la añoranza ni a la nostalgia. Asombra en un tipo tan memorioso su rapidez para hacer maletas, para abandonar a sus amigos, hasta tal punto que uno que domina la primera mitad de su libro apenas si aparece cuando Pla se desplaza a Barcelona en cuanto reabren la universidad.

En *Notas sobre París*, una serie de ensayos sobre esta ciudad escritos inmediatamente después de *El cuaderno gris*, su pluma paladea las calles parisinas, la comida francesa, el color local del Barrio Latino con la misma fruición con la que en *El cuaderno gris* nos habla de los caracoles, de las setas y de la música de los pinos del Bajo Ampurdán. Incluso cuando está en el tren va pendiente de la ventanilla sin que parezca preocuparle el mundo que dejó a sus espaldas ni el que lo aguarda. Sus recuerdos se disparan siempre vinculados a un dato concreto y entonces se pone materialmente en el pasado convirtiéndolo en presente, sin balbuceos, de cuerpo entero, dándonos sus sensaciones de este tiempo como si estuviera en él. No le interesa ninguna arqueología, ninguna etnología; si de tradición se trata, la que le interesa y defiende es la viva, la de su tierra, la vinculada con él. Ese quizás sea su único narcisismo, un narcisismo de espejo, poco centrado en sus molduras, valioso por las cosas que refleja, sabroso, lleno de olores, de nombres de vientos, de conocimientos concretos, de anécdotas reveladoras en el que el yo casi se apaga, convirtiéndose de una manera irónica, distante, sólo en ojo y oído; en paladar.

En Pla todo aparece corporizado, materializado; admira a Joubert, un moralista francés, para el cual "la verdadera metafísica consiste en volver sensible aquello que es abstracto". En *El cuaderno gris* la influencia de las cosas materiales en los afectos y en los sentimientos es manifiesta: "La absorción de sardinas a la brasa produce en mi organismo una intensa segregación sentimental." "El pensamiento se moldea sobre la melodía del cielo." "La vida del pueblo tiene un ritmo único que va del deseo al tedio y del tedio al deseo. Si uno tiene bastante fuerza para coher este ritmo, la oscilación produce al final un dolor de cabeza dulce como la miel." Los ejemplos se podrían multiplicar. Pla escribe con el pensamiento sumergido en el paisaje, con los cinco sentidos pendientes del clima y de la hora, de la calidad del aire y de la estación.

Si la curiosidad fuera una virtud opuesta a la imaginación, como el mismo Pla afirma, él estaría más del lado de los curiosos que de los imaginativos: "Si yo pudiese imaginar, crear otro mundo, imaginaría este mismo mundo." Pero Pla no es un pasmado absoluto, además de un observador agudo de la naturaleza de su comarca, es un conocedor de los hombres, maestro de la caricatura ácida y de la observación amarga; pertenece a la misma estirpe de los moralistas franceses a los que lee. No es un bucólico, conoce el trabajo y el sufrimiento que se necesita para que el mundo no nos aplaste; en medio de una descripción admirada, es capaz de párrafos como el siguiente: "Las personas que no han sido nunca humilladas tienen generalmente un aspecto insípido. Las que lo han sido demasiado tienen un aspecto insignificante y mortecino. Parecen viajeros que esperan, por la noche, un tren que lleva mucho retraso."

Aunque Pla es un ser ante todo visual, tiene un ojo que no se queda en lo que mira, que pregunta y que vincula. Su prodigiosa sintaxis, sus retahilas de adjetivos, en donde el más

sorprendente casi siempre está en el medio, como escondido entre otros más normales y cómodos, denotan no sólo un curioso, sino un imaginativo al servicio de la realidad; un enamorado del espacio al que le punza el tiempo; un ser entre el cuentakilómetros y el reloj, nunca un desbocado.

A Pla le encantan los optimistas, las gentes que se entregan al empirismo del goce: "Bofill está radiante, en su elemento exacto. Es un hombre alto, colorado, ruidoso, abundante, de una admirable obvedad, satisfecho, invulnerable al vino tinto, cerrado a todo lo que sea desagradable." Los personajes a los que Pla llama, como el anterior, absolutos, los que no pueden hacer más que lo que les da la gana, están equilibrados en *El cuaderno gris* con los tímidos, cultos, refinados. El estilo de Pla, un estilo de una descuidada limpieza, es una combinación de ambos temperamentos, porque ambos le atraen. Sus frases, párrafos y capítulos casi nunca son puros, objetivos, directos. En la escritura de Pla, como en su tierra, domina el minifundio; una gran extensión está dividida en muchas diferentes parcelas; la distancia entre el mar y la montaña es mínima y la mirada puede apreciar al mismo tiempo una enorme variedad de matices; el estilo de Pla es más una arboleda que un gran bosque. Su estilo cocinado con los buenos productos de su tierra está balanceado como el arte culinario de este personaje, elemental y refinado, cuyos últimos años nos describe: "...se le despertó una chifladura quieta y profunda por la buena comida, la obsesión culinaria. No le importaba hacer tres cuartos de hora de camino para tener un pescado fresco en la mesa. Cocinando, no le importaba el tiempo que pasara. También hacía durar tres cuartos de hora un picadillo. Le salía una cosa finísima, bordada. Llegó a hacer unos sofritos con una curva de matices caligráficos. Ante los fogones, la boca se le derretía. En la despensa ante un bote de anchoas o una olla de guindillas en conserva, la imaginación se le desplazaba a regiones melódicas y vagas." El fragmento dedicado a este personaje comenzó con las siguientes frases: "Los acontecimientos más importantes de los últimos tiempos de la vida de Gervasi no tienen nada de particular." Pla siempre contrasta, siempre dosifica, como esta frase hay muchas en *El cuaderno gris*; tiene horror a la exageración, se cuida de lo unilateral, sobre todo de lo unilateral elegiaco, siempre contraponen, en un equilibrio inestable, la naturaleza con lo humano, lo armónico con lo monstruoso, lo exaltante con lo desilusionador; entonces el movimiento en pendiente no se manifiesta como absoluto sino que potencia la fuerza ascendente del movimiento inicial: las simpatías y entusiasmos de Pla, son simpatías y entusiasmos sin idealización.

*El cuaderno gris*, más que un diario en el que el personaje obsesivo, casi único, suele ser el que lo escribe, es tanto una crónica fechada como un ejercicio literario. En él su autor intenta explícitamente domar un idioma literariamente por hacer, el catalán, y construir un estilo capaz de dar cuenta de los temas y personajes que le fascinan. Pla no escribe cuando le suceden las cosas sino cuando está preparado para escribirlas; escribe sobre lo que ya ha ensayado previamente. A menudo empieza una narración quejándose de la cantidad de veces que la ha intentado y entonces, como no queriendo, al sesgo, de costado, nos cuenta aquello en lo que anteriormente fracasó, o al contrario, escribe frases como ésta: "Me gustaría escribir un retrato de este hombre, pero quizás

no lo conozco lo suficiente" y esta frase le sirve para comenzar un retrato que le sale redondo.

Pese a sus astucias y sus trucos lo que más le interesa a Pla es dar con la forma capaz de reproducir su entorno y su realidad. Se le puede aplicar estas palabras que él dedica a Proust: "no hay ninguna frase que no tenga su origen concreto ni ningún párrafo que no tenga su historia." Para Pla la escritura es una lucha para arrancar del montón informe de lo vivido, una forma que no pierda la vida y, entre las formas, las que más le gustan a Pla son las inacabadas; casi nunca corona una anécdota o un relato; la anotación del día se termina con algo circunstancial.

Hay dos personajes que representan los dos extremos de Pla: Gori, de apellido Bofill, en Palafruguell, y el Dr. Borralleres, de nombre Joaquim, en Barcelona. Los dos son el alma de sus respectivas tertulias. Gori domina el estruendo, la afirmación o la negación categórica, la provocación eficaz, de vez en cuando la parrafada iluminadora, escéptica y apasionadamente conservadora; Quim Borralleres el silencio, la intervención discreta, pero decisiva. Gori, un comerciante vital, un reaccionario lúcido, defiende al capitalismo, con la misma fuerza y agudeza que a la comida y a la caza. Quim Borralleres, desocupado, rentista, abúlico sólo aparentemente, hipocondriaco, intelectual refinadísimo y abierto, melómano, aficionado a asistir a exposiciones, admirador de Proust y de París, es la cara contraria a la de Gori. Borralleres es el director secreto del medio intelectual barcelonés, interesado sobre todo en impedir que las diferencias políticas destruyan su tertulia. Es capaz de los gestos más finos y eficaces, de la tolerancia más activa, para lograr que la Peña, "una reunión de amigos unidos precisamente por sus diferencias en todos los terrenos menos en el de la amistad", no se disuelva. Al terminar el cuaderno, con el nombramiento de Pla a la correspondencia en París de un diario de Barcelona, parece que el espíritu cosmopolita de Borralleres es el que dominará; pero en posteriores libros a éste, escritos en los años cuarenta y cincuenta en una masía cercana a Palafruguell, el espíritu local de Gori es el que resalta. En realidad la vida de Pla oscilará entre estos dos extremos. Palafruguell es un pueblo orgulloso de sus paisajes, de la transparencia de su aire y es, al mismo tiempo, por estar dedicado a la industria del corcho y a la exportación de este producto, un pueblo abierto al exterior. La escritura de Pla es como el corcho, un producto local que viaja en contacto con el vino y con el vidrio, que suele pasar por los manteles antes de caer en un cajón de cocina o convertirse de nuevo en tapón de botella donde se guarda vino sin marca o aguarrás.

Pla, al definir a Dalí, amputarán como él, pese a sus diferencias de temperamento, en un libro dedicado a tres artistas catalanes: *Dalí, Gaudí y Nouvell*, se define, intencionalmente, a sí mismo: "un localista abierto al cosmopolitismo y un cosmopolita centrado en un lugar absolutamente limitado y dominable, rico en detalles hasta la exasperación, con un paladar, un olfato, un oído y un espíritu palpitante, atentos a los más ligeros, embriagadores matices del dialecto, la cocina local, el cotilleo y las fragancias del aire."

De poco me hubiera servido para aquilatar el mérito de la traducción de *El cuaderno gris* al castellano, contar con el original catalán: oigo este idioma pero no lo leo. De todos modos estoy seguro de que la traducción de las más de 650



páginas de *El cuaderno gris*, de Gloria de Ros y de Dionisio Ridruejo es muy buena. Parte de la fascinación que me ha provocado este libro se debe al descomunal, minucioso, y no dudo, divertido trabajo de sus traductores; aunque se adivina que el estilo de Pla tiene la suficiente fuerza para empar cualquier idioma al que sea traducido.

Me separaban de Dionisio Ridruejo muchas capas de prejuicios; esto ya es pasado: el que un escritor castellano haya sido lo suficientemente humilde y abierto para acercarse tanto a otro catalán lo honra y me conmueve.

Hay en esta traducción, en medio de la prosa de Pla, frases que suenan a versos, y que puede que sean más de la mano del traductor que del autor; no importa, contribuyen a la belleza general del cuaderno.

He de confesar que Pla es para mí un conocimiento reciente de una frecuentación obsesiva. He puesto a prueba la paciencia de mis amigos, leyéndoles párrafos enteros en los momentos menos apropiados. Parte de esta locura es culpa de Aurelio Asiain, que me prestó los nueve libros de Pla que he leído en los últimos meses. Me arriesgué a escribir estas líneas con la esperanza de que ayuden a hacer más grande la bola de nieve que logre que se distribuyan en México los más de cuarenta volúmenes que componen la obra de Pla. Quisiera también contribuir a aumentar la afición por un tipo de literatura interesada en los hechos y en las cosas concretas y tangibles y que considera nefasta cualquier vaguedad. □